

REFLEXIONES SOBRE EL BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE NUESTRA AMÉRICA

Mario Magallón Anaya

Celebrar doscientos años del proceso de independencia de las naciones latinoamericanas contribuye a recordar, a hacer memoria de los grandes acontecimientos de la gesta heroica de nuestros próceres y del pueblo latinoamericano que los acompañó en la lucha revolucionaria. Sin embargo, nos hace también recordar los errores y aciertos de dichos acontecimientos, su sentido histórico, social, político, filosófico y cultural, el alcance, la vigencia y la trascendencia histórica-temporal de todo ello.

El *Bicentenario de la Independencia de Nuestra América: visiones, lecturas e interpretaciones*, publicado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la UNAM,¹ es el resultado del XV Coloquio de Investigación de este Centro, donde participan destacados investigadores, invitados y estudiosos de la historia, de la filosofía, de la literatura, de las ciencias sociales y de la cultura de nuestra región. Cada uno de los colaboradores desde los particulares campos de trabajo de investigación y de docencia, se aplicó a estudiar la independencia de las colonias hispánicas hasta nuestros días.

El libro se conforma por diecinueve artículos que tratan y reflexionan sobre el Bicentenario desde los campos disciplinarios e interdisciplinarios de sus autores. De esta manera, puede decirse que la celebración del Bicentenario de la Independencia de Nuestra América desde la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) es mostrar, una vez más, su vocación latinoamericanista y su compromiso con el estudio de la realidad sociohistórica, económica, política, científica, tecnológica y cultural de la región. Es la urgencia por encontrar respuestas a las situaciones más apremiantes del presente latinoamericano y caribeño sobre lo que fuimos, lo que somos y lo que deseamos ser.

Esto sólo es posible si indagamos en el pasado, para ir más allá de la construcción epistémica de la historiografía latinoamericana y caribeña formalmente establecida, de las diversas disciplinas humanísticas, de las ciencias sociales y naturales. Se requiere de la reconstrucción y de la resemantización de los acontecimientos, de las representaciones, de los imaginarios sociales, del sentido simbólico e ideológico de las construcciones conceptuales hermenéutico-explicativas, sobre una realidad histórica

que ya ha quedado atrás, pero no siempre, en lo fundamental, está presente en nuestras concepciones del mundo, de la vida, de la existencia histórica latinoamericana.

Tareas de reflexión, de análisis, de crítica, de interpretación y de explicación como éstas postula la revisión de la historia y de la historiografía, así como el análisis crítico de su método y la explicación de su origen, es decir, la manera como se constituyó la historiografía latinoamericana, mostrando las consecuencias capitales que de ello se deducen con respecto a la comprensión de la realidad histórica del Bicentenario de la independencia latinoamericana y caribeña en sí.

Es de sobra conocido que la cultura hispánica en todas sus expresiones fue trasplantada y yuxtapuesta a las de los indígenas, reduciendo éstas a una escala de primitivismo e inferioridad, comparativamente con los valores históricos, filosóficos, políticos, sociales y culturales europeos. Se consideró que los productos culturales de los habitantes de América se encontraban en “estado natural”, como la “cosa en sí” hegeliana y reducida a “mera inmediatez”, donde no había nada racional ni espiritual en la transformación de la naturaleza entre ellos. En consecuencia, los habitantes de nuestra América serán reducidos a mediaciones, a objetos, cosas utilizables y prescindibles, para que la razón y la cultura del dominador se impusieran y dominaran como la única razón y cultura *etno-logocéntrica europea*.

El contenido de las colaboraciones analiza la construcción y la organización social, política, económica, filosófica, religiosa y cultural de las sociedades nuestroamericanas, que no obstante la dependencia de las metrópolis se transformaron para ser algo diferente. Allí aparecen y hacen presencia la dominación, las dualidades colonizador/colonizado, humano/subhumano, opresor/oprimido, amo/esclavo etc., las cuales constituirán el punto de partida de la historia, de las filosofías, de las culturas nuestro-americanas; pero, lo más importante, en ellas se defienden el derecho de la praxis y de la libertad política en lucha por liberación de nuestra América. Es la lucha que busca emancipar, desde la confluencia de lo europeo y de lo nuestro americano a la comunidad humana indígena, negra, mestiza, blanca, etc., que habían sido sometidas y ninguneadas por siglos, por las culturas de la dominación europea.

¹ Adalberto Santana (coordinador), *Bicentenario de la independencia de Nuestra América: visiones, lecturas e interpretaciones*, México, CIALC/UNAM, 2009, 321 pp.

Ya a finales del siglo XVIII se plantea la guerra de “castas” en toda Hispanoamérica, en busca de su identidad y de su sentido en la organización social estamental de las colonias españolas americanas. En realidad, podemos sospechar de manera razonable que en América hispana no hubo una división estrictamente endogámica. La palabra “casta” y su significación tiene su origen en la época medieval española —también se la encuentra, desde antes, en los escritos clásicos antiguos de la India— y se usaba para designar los estratos populares y la sangre mezclada. Su sentido adquiere una especificidad nueva en las colonias iberoamericanas fundada en prejuicios raciales y culturales. Puede señalarse por ejemplo, que



Su semántica por supuesto no siguió siendo la misma cuando la palabra se empleó en el Nuevo Mundo. En consecuencia, la sociedad de castas de la América hispana no se refiere necesariamente a castas de estratificación social. La división de la sociedad en grupos investidos en diferentes *status* legal, como también los fuertes privilegios corporativos, sugieren un parecido más estrecho con el sistema de estratificación, el de estamentos. También la movilidad social vertical limitada de aquella época es coherente con esta pauta².

Así, al asimilar lo europeo, lo indígena y lo negro, se dará el proceso de síntesis racial y cultural donde no sólo trascienden, sino que se capitalizan, los aspectos que habrán de propiciar —vía la lucha— la emancipación política y social, así como las síntesis culturales e ideológicas, mostrando los elementos comunes y diferentes, las contradicciones y las oposiciones, como productos de seres situados en la realidad histórica hispanoamericana.

De esta forma surgía, a finales del siglo XVIII, una nueva concepción de hombre, de ser humano en nuestra América, donde se conjugan Razón y Revolución, como demandas necesarias y urgentes:

Un hombre nuevo, misterioso y lleno de envidias ha surgido a la escena americana, dispuesto a mover las profundidades volcánicas del susceptible populacho. Ese hombre no es precisamente un hombre excepcional ni fácil de ser reconocido e individualizado; es el hombre corriente de la calle, el hombre común, el cotidiano, que no se recata en sus juicios ni se considera ajeno a la difícil situación social que impera en el Nuevo Mundo. Es un individuo al que no le son ya indiferentes las necesidades sociales ni los problemas políticos del país (y del resto de las colonias americanas). Habla de todo, aunque no sepa

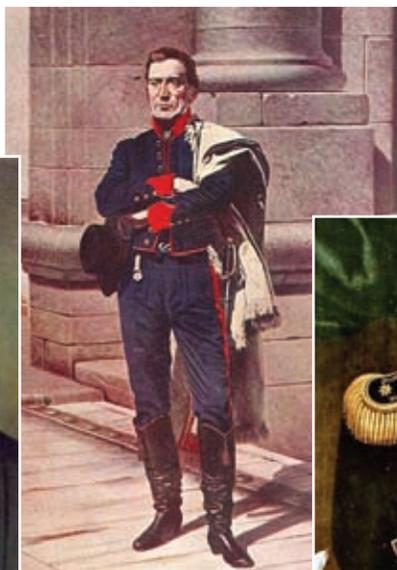
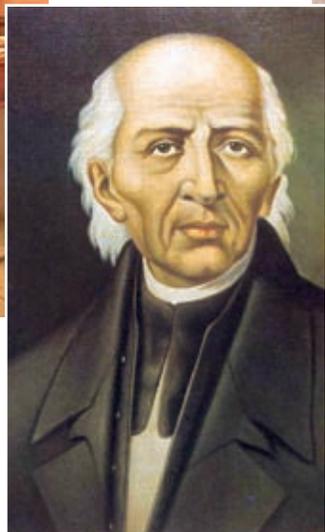
una palabra de nada y aunque con ello se extralimite de lo conveniente y lo “normal”. No le importan las prohibiciones públicas del gobierno o las admoniciones del Santo Oficio. Habla de cuestiones públicas; discute toda clase de ideas; aprueba o reprueba cuanto determinación política se tome; y con su ignorancia y sus murmullos ayuda a la propagación de las nuevas ideas que, llegadas de la Europa tumultuosa, alucinan a la excitada y predispuesta sensibilidad popular³.

En aquella época surgía un torrente de proposiciones revolucionarias que inundaban la Nueva España, los virreinos y las capitanías generales hispanoamericanas. Nuestra América, como la Nueva España, se había transformado en un hervidero de descontento, de ambición, de riña, de polémica; en fin, todo en la América hispana se estremece al batir de las pasiones y de los antagonismos ideológicos, políticos, sociales, económicos y culturales. Tanto en la Europa imperial como en las colonias hispánicas —según algunos intelectuales de la época—, ya no hay quien no hable y discurra, bien o mal, de política, de legislación, siendo por desgracia los más quienes sin talento, juicio e instrucción agitaban y propagaban las ideologías perniciosas de emancipación e independencia de las colonias americanas.

Al respecto puede decirse que el pueblo de la Nueva España, como el del resto de las colonias y de las capitanías generales, inquieto, alucinado, pronto absorberá las ideas y proyectos de esos audaces y ambiciosos personajes que sólo buscan la desunión, el caos, la

² Magnus Morner, *Estado, Razas y cambio social en la Hispanoamérica colonial*, México, SEP/SETENTAS 1974. pp. 83-84

³ Francisco López Cámara, *La génesis de la conciencia liberal en México, México, El Colegio del México, Seminario para el estudio del Pensamiento de los países de lengua española, 1954*. pp. 109-110.



destrucción; y pronto se convertirá, alentado por los descontentos, en ciega y poderosa fuerza capaz de hacer saltar el edificio entero de la colonia española en América:

Hombres perversos y malintencionados esperan su momento, su oportunidad, para llevar al pueblo a la desintegración del orden social. Mientras tanto, las engañosas ideas, las proposiciones heréticas, circulan de boca en boca, de casa en casa, de ciudad en ciudad, calentando las mentes desorientadas de los otrora callados y sencillos habitantes del nuevo continente. Se empiezan a cambiar los principios por otros; se filtran en todas partes propósitos siniestros; abandónense las costumbres moderadas y las prudentes opiniones⁴.

En la primera década del siglo XIX, ante la falta del rey español, se planteará la necesidad en toda la América hispana de un Congreso nacional o la revolución inevitable. Este era un gran dilema que se les planteará como opción a los criollos. O medios pacíficos para resolver definitivamente la vieja contradicción o métodos violentos que la hundan en luchas fratricidas; vía legal o riña sangrienta; la paz o la guerra. Los criollos acomodados plantearán la Independencia, empero, algunos temen las consecuencias que puede traer la emancipación violenta.

Sin embargo, ante el horizonte de la realidad histórico social que se les presentaba, ya eran insuficientes las convicciones opuestas a las de sus adversarios; era necesario ir más allá de una actitud meramente crítica, de

⁴ *Ibid.*, pp. 110-111.

⁵ Leopoldo Zea, *La filosofía americana como filosofía sin más*, México, Siglo XXI, Colección Mínima, Número 30, 1974, pp. 82-107.

negación de las formas tradicionales, de pensar y de sentir, tan defendidas por la ideología del coloniaje, y optar por la revolución armada, porque la revolución pacífica ya era imposible. De esta manera emergía una cultura y una filosofía producto de la circunstancialidad histórica, donde ya no podía ser la misma problemática de los conquistadores y los dominadores, sino la de “este hombre, el no occidental”⁵, el hispanoamericano.

La celebración, la rememoración del Bicentenario y de la *ilustración nuestro-americana* que se presenta en los artículos del libro no es de ninguna manera la consecuencia, la reiteración temerosa de los procesos revolucionarios europeos, ni de los lenguajes y los buenos y malos usos para explicar nuestra realidad sociocultural de más de dos siglos de revueltas, asonadas violentas y revoluciones. Menos aún, deberá hacerse el esfuerzo por hacerla coincidir con la temporalidad histórica de aquella ilustración

con la occidental. La historia, la filosofía y sus autores tienen sus propios tiempos, como sus propias respuestas a las necesidades de la propia realidad nacional y regional de nuestra América. Por ello, cualquier intento de periodización y paralelismo histórico es inadecuado, porque hace violencia y tergiversa el sentido para la comprensión de la realidad socio-histórica. Así, en la *Historia* se dan coincidencias, pero también diferencias notables, que mal entendidas pueden llevar a falsos problemas y malos entendidos teóricos, históricos y epistemológicos.

Los latinoamericanos y caribeños como seres en el mundo nos sabemos diferentes entre sí y en relación con los otros, porque la esencia de la identidad del ser humano radica en ser diferente, porque ontológicamente el ser humano sólo es igual a sí mismo. Sin embargo, en este horizonte comprensivo, los nuestro-americanos tenemos un pasado y un futuro común que habremos de enfrentar, conformar, explicar e interpretar a partir de un presente cierto, en la lucha por la liberación y en contra de la explotación, la miseria, el analfabetismo, la insalubridad, las enfermedades, el hambre, la exclusión, la violencia material y simbólica. Y, por si esto fuera poco, es necesario luchar contra el neo-imperialismo global que en la actualidad domina todos los horizontes filosóficos, políticos, sociales, económicos y culturales. ▣

Mario Magallón Anaya. Mexicano, doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe - CIALC, y catedrático de licenciatura y posgrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus más recientes libros, son: *La democracia en América Latina* (2003); *Horacio Cerutti Guldberg y Mario Magallón Anaya, Historia de las ideas latinoamericanas ¿disciplina fenecida?* (2003); *Modernidad alternativa. Viejos retos y nuevos problemas* (2006); *Filosofía, tradición y modernidad en América Latina* (en prensa); y *Políticas de la filosofía en América Latina: construcción desde un horizonte histórico de sentido* (en prensa).